
LA VERDAD RELIGIOSA

ANTE EL TRIBUNAL DE LA RAZON.

CAPITULO PRIMERO.

NECESIDAD DE LA VERDAD RELIGIOSA PARA EL HOMBRE.

EL hombre, bajo el imperio de la fascinacion de los sentidos, olvida con sobrada frecuencia su origen y camina en la vida sin levantar al cielo la cabeza. Pero la voz encantadora de las pasiones no puede apartar enteramente su oido interior de la voz de su razon y de su conciencia que le dicen á la vez: «Hay un Dios.»

Indudablemente, hay un Dios, es decir, un sér que no ha tenido principio, sin lo cual habria habido un tiempo en que nada hubiera existido; y entonces ¿de dónde hubiera venido lo que existe?

Hay un sér que no ha tenido principio; de consiguiente un sér que existe necesariamente y por si mismo desde la eternidad; que todo lo tiene de si mismo, que nada debe á otro, que es soberanamente perfecto; porque si

posee el mayor grado de perfeccion posible, que es existir por sí y no deber nada á otro, ¿cómo podría dejar de poseer todas las demas perfecciones?... Además, puesto que existe necesariamente, no depende de él el no existir con lo que constituye el ente necesario, el ente por escendencia: posee, pues, por naturaleza la plenitud del sér, la infinidad de las perfecciones; y como por otra parte, existe por sí mismo y no debe nada á otro, ha sido, es y será siempre independiente de todo, y estará por consiguiente exento de toda especie de limitacion.

Existe, pues, un sér que no ha tenido principio, que es infinitamente perfecto bajo todos conceptos, y que por consecuencia necesaria, ni puede desarrollarse ó progresar, ni limitarse ó amenguar. Si Dios fuese susceptible de desarrollo ó progreso, podria adquirir; si fuese susceptible de limitacion ó de disminucion, podria perder; y si pudiese adquirir ó perder sería imperfecto, no sería Dios.

Hay un Dios infinitamente perfecto: ese Dios es creador del universo, remunerador del bien, vengador del mal.

Creador del universo, sin lo cual sería preciso optar entre el mundo coeterno á Dios y el panteísmo. Ahora bien, el mundo no es coeterno á Dios. En efecto, si el mundo existiese desde la eternidad habria atravesado hasta el presente una série de movimientos, de noches, de dias, de meses, de años, sin movimiento primero, sin primera noche, sin primer dia, sin primer mes, sin primer año; esto es, una série de unidades sin primera cifra, una série sin principio que sabiendo por ella con el raciocinio sería una série sin fin, una série infinita. De consiguiente por una parte habria ya recorrido el mundo lo *infinito*, cosa que envuelve contradiccion en sus términos, y por otra ese infinito que hubiese recorrido recibiria aun y sin cesar mayor aumento con nuevos movimientos, nuevas noches, nuevos dias, nuevos meses, nuevos años, lo que no es menos contradictorio (1). Es tambien intrínseco y ab-

(1) La existencia ó la eternidad de Dios no es sucesiva sino simultánea.

solutamente imposible que la existencia desde la eternidad corresponda al mundo bajo ningun concepto: el mundo no puede tenerla como increada, porque existiria entonces por sí mismo y sería necesario, inmutable, perfecto, lo cual es palpablemente falso: no puede tenerla como criatura, porque entonces sería igual á Dios al menos en cuanto á la existencia sin principio, á la existencia eterna. Dios no sería entonces perfecto, no sería Dios, porque es propio de la perfeccion infinita no tener igual bajo ningun concepto.

Por otra parte, el panteísmo que quiere que el universo sea Dios ó forme parte de Dios, es evidentemente insostenible. Prescindiendo de lo que dejamos establecido y que es incompatible con este sistema, todo hombre grave y consecuente que lo tome por punto de partida tiene

En Dios nada ha sido, nada será, todo es: su existencia es indivisible como su naturaleza y la *simultaneidad* de existencia en Dios es relativamente al tiempo, lo que su *espiritualidad* relativamente á la materia ó á la estension, lo que su *infinitud* relativamente al espacio; es siempre la *unidad perfecta*, lo *infinito indivisible*, relativamente á lo divisible y á lo finito.

Verdad es que no tenemos mas que una idea *negativa* de la *eternidad simultánea* de Dios: sabemos y podemos decir, lo que ella no es y no lo que es; pero tenemos una idea *positiva* de la imposibilidad de que la eternidad de Dios sea sucesiva. Por el contrario, tenemos una idea *positiva* de la existencia sucesiva del mundo y una idea igualmente *positiva* de la imposibilidad de que siendo *sucesiva* no tenga principio. De donde se sigue que la hipótesis del mundo eterno es *contra* la razon, es cosa absurda, al paso que la eternidad *simultánea* de Dios es solo *superior* á la razon, es cosa solo incomprendible para nosotros, como otras tantas cosas cuya realidad es palpable y que no podemos comprender ni explicar á causa de nuestra limitada inteligencia.

Figúrome en lo alto de una colina desde donde veo á una sola mirada todos los accidentes de un vasto paisaje cuyos diversos objetos solo divisa el viajero, que lo cruza, sucesivamente uno tras de otro; pues así todo lo que para nosotros es sucesivo, pasado ó futuro, es simultáneo, es presente para Dios.

Si digo á un ciego de nacimiento que tengo un sentido por medio del cual alcanzo los objetos á muchos millares de leguas de distancia, no me comprenderá, porque no teniendo mas idea que la del tacto, no puede explicarse la posibilidad de alcanzar tan lejos. Todos nosotros somos ciegos de nacimiento con relacion á Dios.

que venir á decir por necesidad que no hay individualidad, ni libertad, ni virtud, ni crimen, ni moral, ni leyes posibles, ni tribunales, ni sociedad humana regular. El juez es Dios, el condenado es Dios, el verdugo es Dios, el bien es Dios, el mal es Dios: esto se rebela á toda alma honrada, á toda sana inteligencia.

De consiguiente no hay medio: ó hay que admitir un Dios criador y el mundo sacado por él de la nada (cosa que á la verdad no comprendemos, pero en la que nada vemos contradictorio ni imposible), ó hay que admitir sistemas cuyo absurdo é imposibilidad absoluta comprendemos y vemos claramente: hay, pues, que elegir forzosamente entre la creacion del mundo en el tiempo (1) cuya imposibilidad intrínseca no podría ser demostrada por la razon, y cuya realidad consumada demuestra por el contrario la razon extrínsecamente, y teorías cuya absoluta imposibilidad se halla intrínseca y extrínsecamente demostrada por la razon.

Ese Dios que es creador del universo, es remunerador del bien y vengador del mal, sin lo cual sería un Dios sin sabiduría, un Dios sin santidad, sin justicia ó sin fuerza; un Dios que valdria menos que el hombre probo y virtuoso; un Dios que al paso que no permitia el menor rompimiento en la armonía universal del orden fisico, abandonaría el orden infinitamente superior, el orden moral, á los caprichos de las pasiones humanas. No mas esperanza entonces para el inocente á quien el infortunio abrumba, para la virtud desconocida y hasta perseguida (es decir, para lo que hay en el mundo mas digno de las miradas del cielo), sino las convulsiones de la desesperacion agitándose en la sangre: no mas conciencia, no mas remordimientos, no mas temor del mal ni amor del bien, sino el egois-

(1) Dios, desde la eternidad, quiso libremente crear el mundo en el tiempo y de la manera que lo ha hecho; no ha cambiado ni de pensamiento ni de voluntad al crearlo; lo creó porque quiso, cuando quiso y como quiso: su voluntad es necesariamente sabia aunque ignoramos sus motivos.

mo, el egoismo brutal, el egoismo feroz, la ley del mas fuerte y nada mas entre los hombres. Por el fruto se conoce el árbol, por las consecuencias el principio: al principio falso, la verdad incontestable del principio contradictorio.

Hay un Dios remunerador y vengador; de consiguiente hay otro mundo sin lo cual Dios, que es infinitamente perfecto, al arreglar la economia de la existencia humana habria frustrado las aspiraciones del justo que lo desea y colmado los votos del malvado que le teme; sin lo cual tambien el malvado, calculador hábil y prudente, debe lógicamente precipitarse hasta en los placeres sangrientos del crimen, porque para las pasiones, el interés de respetar en otro á uno mismo no es mas que un grano de arena ante un carro fogoso, y el remordimiento, ese gusano roedor del corazon culpable, no es muy difícil adormecerlo con el hábito: y aun cuando fuese, por otra parte, que visiblemente no lo es, un verdugo indomable, ¿no está ahí á mano el suicidio para acabar de un solo golpe con el verdugo y la víctima?... Hay, pues, otro mundo en donde Dios recompensa y castiga, en donde coloca á cada cual en su puesto separando á los Lacenaire de los Vicente de Paul, á los Pigault-Lebrun de los Francisco de Sales, á las Ninon de Lenclos de las Teresas; otro mundo en donde su bondad justifica esa necesidad invencible de felicidad que no deja al hombre sobre la tierra, ni aun al mas justo, ni paz ni tregua, y le obliga á agitarse sin cesar en ideas de porvenir.

¿Cuál es, en efecto, el objeto de la atencion del hombre mas virtuoso? El porvenir: la atmósfera de este mundo le pesa demasiado y aspira con todas las fuerzas de su alma hácia algo mas puro y mejor. ¿Cuál es el objeto de la atencion del ambicioso? El porvenir: ¿del esclavo de los sentidos? el porvenir: el placer no hace mas que pasar y deja sitio vacío ó nuevos deseos. ¿Cuál es el objeto de la atencion del desgraciado? (y quién en este mundo no lo es

mas ó menos?) el porvenir: si le cerrais la puerta ¿dónde estará la esperanza? No queda mas que el horrible abismo del suicidio.

¡Y qué! esa necesidad invencible de porvenir dichoso que nos devora y que no puede ser satisfecha sobre la tierra ¡no ha de ser mas que una cruel mentira destinada á hacer de nuestra vida un suplicio, cuando tantas otras miserias hacen ya de ella una pesada carga sobre nuestros débiles hombros? ¿Sería el hombre á los ojos de Dios menos que el bruto que pasa sus días libre de ese tormento perpetuo del rey de la naturaleza? Indudablemente no. ¡Sabiduría y bondad infinita de Dios, yo invoco vuestro testimonio! Nada haceis inútil, nada sin objeto determinado; de consiguiente el hacerme sentir el hambre y la sed incesantes de felicidad y de una felicidad mia propia de que goce personalmente y no en el conjunto de la especie humana, es confirmarme mas y mas en la convicción de que esta vida no es mas que prueba, transición, *infancia del hombre moral* que pasa por la muerte para llegar á la *plenitud del hombre perfecto* (1).

Así es que desde el ocaso á la aurora, desde los hielos del Norte á las playas ardientes del Mediodía, tan allá como las investigadoras miradas del sábio puedan subir la escala de los siglos, hallamos, bajo formas diferentes, así en las cabezas mas sublimes y fuertes como en los espíritus mas humildes, estos tres dogmas: un Dios, una Providencia, una vida futura.

Pero estos tres dogmas, que pueden llamarse con exactitud el simbolo tradicional y racional del género humano, no son puertas cerradas ante las que pueda pararse con frialdad la inteligencia y permanecer muda é inmóvil. Todo hombre que medita algo seriamente sobre sus intereses de la otra vida, sigue adelante, consulta con ardor el abismo que hay tras de la muerte, y quiere con todo

(1) Ephes. IV. 12.

empeño saber lo que le sucederá: Dios existe, dice para sí: Dios me ha hecho lo que soy, y no me cierra la vida por el lado del tiempo sino para volvérmela á abrir por el lado de la eternidad. ¿Pero qué exige de mí? ¿Con qué condiciones soy llamado á esa otra vida? ¿Qué tengo que hacer en este mundo? ¿Qué puedo aguardar en el otro?... Y hé aquí lógicamente al hombre investigando con ardor una solución á todas esas dudas que le agitan y atormentan (1), es decir, investigando la verdad religiosa. Bien podrá suceder que se encuentre uno en momentos de exaltación en que se haga el valiente, momentos en que apartando los ojos del gran problema póstumo como si no contemplarlo fuera resolverlo, señale con mano mal segura á su alma un sepulcro en el abismo inevitable de la eternidad: triste y humillante valor que la razón condena, que la conciencia reprueba, y que se asemeja mucho á las carcajadas del insensato que aplaude su misma locura (2)! Pero al acceso sigue la calma y vuelve entonces sobre sí repitiéndose con mas fuerza: «¿Pero á dónde voy y en qué vendré á parar?... ¿Qué me pedirá Dios al salir de este mundo? ¿Qué será de mí despues de la muerte? Y de ahí un nuevo deseo, un deseo mas ardiente de buscar la verdad religiosa, una necesidad mas imperiosa de hallarla.

Realizar ese deseo, satisfacer esa necesidad va á ser el asunto de una serie de capítulos, cuya materia por su elevada importancia, reclama toda la atención del lector, y por su naturaleza exige de su parte un amor de la ver-

(1) ¿Cómo puede vivir uno en paz, dice Teodoro Jouffroy, cuando no sabe á donde va, ni lo que tiene que hacer aquí abajo; cuando ignora lo que significan el hombre, y la especie y la creación; cuando todo es enigma, misterio, asunto de dudas y alarmas? Vivir en paz con esa ignorancia es cosa contradictoria é imposible (*Misceláneas filosóficas*, del problema del destino del hombre).

(2) Con la sola duda de si existe otra vida (*es Diderot quien habla*), debéis conducirlos como si existiese.—¿Y si estoy seguro de que no existe?—«Os desafío á que adquirais esa certeza» (*Pensamientos filosóficos: conferencias de Cu-Su con el príncipe Kou*).

dad franco y generoso: el lector debe imponer silencio á toda preocupacion, á todo interés contrario: debe hacer de su conciencia y de su razon un tribunal incorruptible, cerrado á toda exigencia, abierto solo á la verdad.

En otro tiempo, esa sublime palabra, la verdad, llamó la atencion del mismo Pilatos, de ese hombre de tan triste celebridad, indiferente como un rey en la embriaguez de su corte, miedoso como un cortesano, y no pudo menos de pedir al justo que comparecia ante él que diese testimonio de ella. «¿Y qué cosa es la verdad (1)?» Pero como si la verdad no valiese la pena de ser conocida, ó como si temiese conocerla, no aguardó la respuesta, y continuó su indigno papel de juez débil, que no se atrevia á proteger la inocencia sino á medias contra las amenazadoras exigencias de la envidia y del odio. ¡Oh! yo tengo mejor idea de ti, mi querido lector: la verdad nada tiene que pueda asustarte, y tu corazon es bastante noble para conocer todo el precio de ella. Si, te creo digno de prorumpir en estos sublimes acentos de Fenelon: «¡Oh verdad! me parece que mi corazon es recto delante de ti: no temo mas que el error: temo tanto no creer lo que merece ser creído, como creer con demasiada ligereza lo que es incierto. ¡Oh verdad! ven á mí y muéstrate en toda tu pureza: haz que te vea, y quedaré satisfecho viéndote (2).» Tal vez el cálculo y la hábil combinacion de los intereses materiales absorban vuestros dias y vuestras noches, y tambien quizá consagreis vuestras vigili-
as á la investigacion de los secretos de la ciencia humana. No hallareis en eso, sin embargo, el secreto de vuestro porvenir del otro mundo; y si en las desoladas regiones de vuestra vida estableceis vuestra tienda y dormis sobre un oasis, mirad que vendrá un soplo mas poderoso que el viento del desierto, que perderá al imprudente viajero en

(1) San Juan, XVIII, 38.

(2) Tratado de la existencia de Dios, parte 2.^a, cap. I.

el engañoso lecho de su descanso. Y luego ¿qué hallareis? La verdad desconocida y desconocida voluntariamente; y por consecuencia á Dios ultrajado, á Dios que se debe tanto á su justicia eterna, como á su eterna bondad, á Dios que no podrá faltarse á si mismo.